



EL PROTAGONISMO DE LO RUTINARIO COTIDIANO

SOLANGE ALBERRO



xiste una historia de la Historia que, a pesar de ser la más antigua de las llamadas ciencias sociales, se regenera continuamente, logrando casi presentar el rostro de la eterna juventud. En efecto, después de aquella historia que apenas se desprendía de las nieblas del mito y de la leyenda, sostenida por la precaria memorización oral, las crónicas, pertrechadas de sonados acontecimientos, car-

gadas de destellos de batallas y faustos dinásticos, sentaron sus reales por mucho tiempo, llegando aún hoy día a sobrevivir como arcaísmos merced a algún que otro historiador rezagado.

Luego llegaron las corrientes innovadoras arrastradas por la historia económica, que están lejos de agotarse. Sin embargo, de modo lateral, marginal y casi solapado, siempre se había manifestado, incluso en los géneros históricos más antiguos, cierta tendencia a describir los hechos y cosas triviales de los pueblos cuyas historias relataban, tendencia que encontramos en los espíritus más curiosos y agudos, como por ejemplo Herodoto o César.

Con el descubrimiento de América, esta actitud cobró mayor fuerza, siendo espontánea en Cortés, Díaz del Castillo, Cieza de León, entre otros, deliberada y encaminada a un fin preciso en Sahagún o Durán, volviéndose tema de reflexión filosófica en un

Montaigne. Si el siglo XVIII, en su pasión por lo social, aprovecha dentro de este material lo que considera útil para sus demostraciones polémicas –véase a Robertson, de Pauw, Clavijero, etc.–, es preciso sin embargo esperar los albores de nuestra época para que el surgimiento de ciencias tales como la antropología social, la etnología y el psicoanálisis permitan descubrir el valor y la riqueza de los aspectos más banales de la vida de los hombres.

Hasta entonces, y en la medida en que se había considerado que la historia debía obedecer a un principio explicativo variable y de carácter preponderante (el que, según el sistema en que se integraba, pudo abarcar desde la voluntad divina hasta los determinismos dinásticos, biológicos, geográficos, económicos, entre otros), se tendió a observar un campo predilecto en detrimento de los demás, que se suponían subordinados al primero. El estructuralismo mostró que una sociedad resulta ser un conjunto de elementos relacionados entre sí de tal modo que cualquier cambio en uno de ellos provoca la modificación del equilibrio existente, como en el caleidoscopio de C. Lévi Strauss. Por tanto, y si bien algún elemento puede tener un peso y una función determinante en un momento preciso, los demás se ven afectados a su vez y reflejan a su modo la nueva situación, al adoptar aspectos y ocupar espacios distintos en un conjunto nuevo. Por otra parte, al mismo tiempo que se encuentra sometido a una dinámica de conjunto, cada elemento tiene la suya, pudiendo por tanto ofrecer menor o mayor capacidad de aceptación o resistencia al cambio inducido en el sistema al que pertenece.

Ahora bien, si lo político, lo económico, lo demográfico, aparecen regularmente como los factores activos de una situación y de una evolución histórica, se suele percibir a la vida cotidiana como algo privado, sin mayor relevancia, puesto que se le cree relativamente ajena al campo abierto de la Historia, ampliamente recorrido por los aires de la vida colectiva, pública, activa y consciente.

El psicoanálisis nos desengañó parcialmente, al revelarnos que aún las profundidades más arcanas de nuestra mente y de nuestro

corazón no escapan al influjo de los factores más objetivos de la vida social, los que valiéndose de los lazos afectivos, de la familia y la educación, logran regirnos sutil aunque poderosamente.

De la misma manera, fue preciso abandonar en los hechos cierta concepción voluntarista de la historia y admitir la importancia de procesos evolutivos inconscientes, para descubrir el interés de lo cotidiano. En fin, algunos estudiosos llegaron a interrogar las trivialidades de la vida humana, a falta de otros testimonios, según la costumbre misma de los arqueólogos quienes, menos favorecidos que los historiadores en materia de fuentes, se ven a menudo obligados a sacar provecho de cualquier rastro material, por ínfimo y deleznable que parezca.

Así las cosas, entendemos por vida cotidiana el entorno sensorial en el que nos desenvolvemos, los gestos, ademanes, las actitudes y comportamientos, tanto aislados como integrados en verdaderos complejos de prácticas cuya clasificación empezó Marcel Mauss, en un intento por impulsar su estudio sistemático. Es que si todos los hombres hacemos más o menos las mismas cosas en el ámbito privado y el marco diario, desde que salimos de nuestras cuevas originales, la manera de cómo las hacemos resulta altamente reveladora de realidades y situaciones más difíciles de percibir en otros terrenos.

En efecto, la esfera de lo cotidiano y de lo privado funciona a menudo como un conservatorio de prácticas cuya razón de ser quedó olvidada, pero que al mantenerse vivas y transmitirse de generación en generación, siguen cumpliendo con la función que las hizo aparecer. Así por ejemplo, nadie en el mundo occidental recuerda cómo la sociedad feudal, tremendamente conflictiva, hizo necesario codificar el uso del cuchillo entre los comensales, quienes no debían nunca presentárselo unos a otros sino asiéndolo por la misma hoja, con el fin de evitar que se sintiera agredida la persona a la que se le ofrecía, temiéndose en todo momento el estallido de la violencia latente. Actualmente, si bien nuestra sociedad resulta ampliamente controlada y normalmente exenta de tales impulsos, la cortesía vigente conserva esta costumbre,

sustituyendo tan sólo el concepto de elegancia por el de seguridad, dentro de un ámbito percibido como “civilizado”, conforme al espíritu que la originó hace siglos, según Norbert Elías.

Al pertenecer la vida cotidiana al ámbito de lo doméstico, escapa a los dos mayores peligros que amenazan las esferas más expuestas y consideradas más nobles, de lo económico, ideológico, etc: en primer lugar, escapa a la conciencia y por tanto, a la voluntad. Nos lavamos las manos, comemos, rezamos, y hacemos tantas otras cosas, no según criterios y normas adoptados deliberadamente por nosotros, sino porque, sin pensar en ello, seguimos haciendo lo que nos enseñaron en nuestra niñez o lo que vemos que se hace alrededor nuestro. Es decir que estas prácticas, que surgieron algún día dentro de contextos específicos y por causas olvidadas, logran transmitirse con facilidad asombrosa mediante la educación recibida en los primeros años, de hecho la más importante y sin embargo la menos conocida, por ser parte de las tareas maternas, dentro del núcleo familiar.

Por otra parte, en la medida en que casi todo lo que abarca lo cotidiano participa de prácticas y comportamientos inconscientes, rutinarios y triviales, los proyectos represivos y normativos no juzgan necesario buscar su control. Así es como pueden manifestarse, en terrenos ciertamente humildes pero reales, opciones y sensibilidades que se ven eventualmente combatidas cuando se expresan en campos más abiertos y conscientes, y cuando un carácter colectivo y público puede volverlos fuerzas indeseables. Ejemplo de ello es el renacimiento actual del sentimiento religioso en la Unión Soviética, sólo explicable a partir de las costumbres y prácticas preservadas por las “abuelitas” que las transmitieron a sus pequeños nietos, cuyas madres, a menudo materialistas convencidas, estaban por otra parte ocupadas en tareas productivas fuera del hogar.

Ahora bien, este mundo casi ilimitado que viene a ser la vida cotidiana, precisa desde luego que se le estudie con el rigor que se acostumbra para cualquier tipo de historia, pero además, con ciertas delicadezas, pues al constituir de hecho la trama de todo tejido social, abarca terrenos complejos que interesan lo mismo

el cuerpo, la vida familiar, la sexualidad, etc., desembocando por tanto en las relaciones humanas en todas sus dimensiones y más allá, en una verdadera cosmovisión. Recordemos que Pascal, profundo conocedor de los mecanismos que mueven a la máquina humana, recomendaba a los incrédulos deseosos de creer, que empezasen por arrodillarse y orar, a sabiendas de que a veces no es el espíritu el que impulsa a la materia, sino la materia la que logra doblegar al espíritu.

La primera de estas condiciones consiste, sin duda, en que el investigador atraído por semejantes temas sea dotado de intuición y sensibilidad particular, las que lejos de ser el producto de una metodología, son el resultado ante todo de una disposición personal, forzosamente respaldada por una amplia cultura. En efecto, sólo sobre un sustrato comparativo logra brotar la hipótesis creativa y la intuición del interés que puede presentar un fenómeno dado, cuya especificidad no resalta mientras no se le coteje con otros afines o similares.

En segundo lugar, fuerza es privilegiar lo colectivo sobre lo individual: si algunos comportamientos o prácticas personales resultan siempre significativos de una evolución o de una tendencia, los que revisten un carácter general permiten asimismo deducir conclusiones y apreciaciones generales.

En fin, es preciso no caer en la anécdota ordinaria y fácil, que hace desmerecer el propósito científico, peligro siempre acechante en terrenos resbaladizos como los que brinda a menudo el estudio de nuestras vivencias triviales.

Así, la vida cotidiana, esta eterna Cenicienta, puede ser abordada con provecho, revelándose entonces la fuente casi inagotable de descubrimientos que rebasan a menudo la humildad e insignificancia fingida de los hechos y comportamientos que la constituyen.